

El alfabeto: un aliento poético

*Sergio Pérez Cortés **

¿Fue el alfabeto griego inventado por razones “poéticas”? Examinar esta hipótesis es el objetivo del presente trabajo. Conjetura excitante y un tanto romántica porque va a contracorriente de ideas heredadas y en caso de ser verdadera, algo le arrebataría al sórdido utilitarismo. Ella se desprende ante todo de la evidencia disponible. Los primeros ejemplos de escritura griega son expresiones individuales y no utilitarias: dedicatorias votivas, marcas de propiedad o parodias “homéricas”, cuyos temas favoritos son la danza, el vino y la fe. Este material no incluye ninguna inscripción pública —decreto, tratado o conmemoración militar—, no hay ofrenda a algún dios promovida por alguna institución política, ni inventarios, catálogos o registros del tesoro. Nada relacionado con la *polis*, el gobierno o un cuerpo colectivo: “o la *polis* no existía en ese momento o el alfabeto todavía no era útil a ella” (Powell, B., 1991:182). Las inscripciones descubiertas son todas privadas, pero en ellas no aparecen los documentos “utilitarios” que después serán comunes: no hay escritos legales, contratos, testamentos, actas de transferencia de esclavos o intereses mercantiles; no hay balances financieros, y ninguna evidencia del uso de un sistema numérico en las transacciones. “Nada público y nada económico, legal o administrativo” (*Ibid*). Todo ello vendrá más tarde. No hay rastro más que del esfuerzo por transcribir dedicatorias, inscripciones votivas y “literatura” homérica. A esta serie de enunciados del habla tradicional que nuestro tiempo reserva al dominio literario, nos referimos como “impulso poético” para la invención del alfabeto.

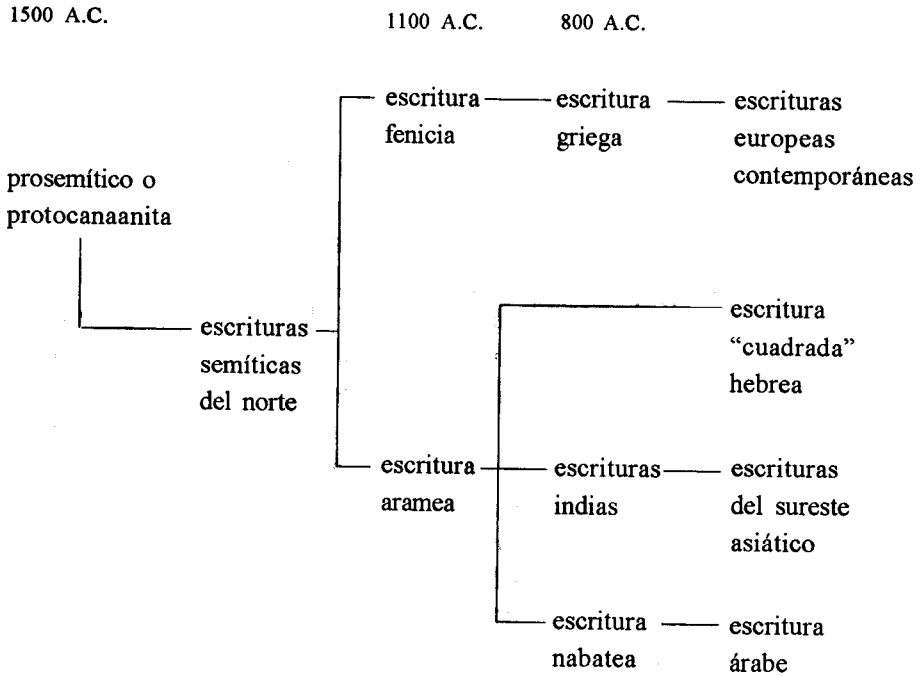
* Sergio Pérez Cortés, UAM-Iztapalapa.

Sería una bella idea si pudiera probarse. Pero por supuesto es también una tesis controvertida por varias razones, la primera de las cuales se encuentra en el título mismo: al reservar el nombre de alfabeto a la innovación griega se establece una separación de naturaleza y no sólo de grado respecto a las escrituras que le antecieron, en especial el sistema fenicio, separación que un buen número de especialistas se rehúsa aceptar. Controvertida también porque la tesis descansa en las inscripciones hechas sobre materiales durables—piedra o metal—, sin contar con testimonios cotidianos hechos sobre material perecedero como papiro o cuero, y porque siempre existe la posibilidad de que una nueva evidencia venga a contradecir esa cuidadosa deducción. Con todo, los hallazgos parecen confirmar los orígenes “poéticos” del alfabeto. Es sin duda aún una conjetura, y como tal, podría revelarse equivocada pero es aquella que mejor integra lo que hoy es conocido. Por eso hemos creído útil presentarla; no porque consideremos poder aportar algo nuevo en un dominio de alta especialización y enorme erudición, sino porque se trata de un espléndido esfuerzo de deducción y análisis a cargo de epigrafistas, historiadores, lingüistas y gramatólogos que arroja luz sobre una de las más importantes invenciones tecnológicas de la historia humana. Las cuestiones acerca de “quién”, “cuándo” y “cómo” se llegó a esta innovación, aunque han sido intensamente disputadas, han alcanzado un consenso relativamente amplio; en cambio, la hipótesis en cuestión intenta responder a una pregunta escasamente formulada: ¿por qué?, ¿cuáles fueron las motivaciones que llevaron a la formulación del primer alfabeto completo en la historia? Es esto lo que nos proponemos exponer, siguiendo a un buen número de especialistas.

En qué consiste la innovación

Son pocos los que ponen hoy en duda que el alfabeto griego deriva de la escritura fenicia. La semejanza gráfica de los signos, el orden convencional que siguen y los nombres dados a las letras permiten tener un alto grado de certeza. El signario fenicio a su vez deriva de esa explosión de escrituras que se desarrollaron en el oriente medio durante el segundo milenio antes de nuestra era. Forma parte de la familia de escrituras semíticas cuyo ancestro común parece ser el llamado protocanaanita, del que se conserva un *corpus* minúsculo de inscripciones y que ha dado lugar a un desciframiento que aún es puesto en duda. De esta familia provienen las escrituras europeas contemporáneas, la escritura

árabe, la escritura hebrea y las escrituras indias. Quizá resulte más sencillo con el siguiente esquema (Gaur, A. 1984; 105):



Los signarios semíticos son por sí solos un enorme logro intelectual. Su invención requirió de un acto de síntesis excepcional que redujo el número de signos a un intervalo entre veintidós y treinta, que corresponden a los sonidos consonánticos de esas lenguas. Aunque aún está sujeto a debate, parece probable que los sistemas semíticos—el fenicio incluido— sean una derivación de la escritura logosilábica egipcia que, entre todas las escrituras del oriente medio, era la única que poseía una estructura interna similar. La innovación de las escrituras semíticas consistió en que, partiendo del complicado sistema egipcio, compuesto por cientos de signos logográficos y fonéticos de entre una y tres consonantes, desarrollaron sistemas de asombrosa simplicidad. Lo lograron suprimiendo todos los signos léxicos y todos los signos fonéticos de dos o tres consonantes y reteniendo únicamente los signos de una sola consonante. De ese

modo los veinticuatro signos simples de la escritura egipcia aportaron su estructura interna a los veintidós-treinta signos pertenecientes a las diversas escrituras semíticas. Aunque la primera de éstas utilizaba veintisiete letras, pronto (hacia el 1250 a. C.) fue simplificada a los veintidós signos del sistema fenicio. Con ello quedaron atrás las escrituras antiguas que debido al alto número de signos (de 400 a 600 en la escritura egipcia y sumeria) y a los diversos valores que cada signo logográfico o silábico podía tener, exigían una carga muy importante a la memoria y por tanto una larga especialización previa al dominio del sistema de escritura (*cfr.* Gelb, I; 1976; 184 y Moore Cross, F.; 1992; 81 ss).

Esta fue la situación que encontró el “adaptador” griego: un sistema de veintidós signos, cada uno representando un sonido consonántico, pero sin marca alguna para los sonidos vocálicos. En términos generales, la innovación griega consistió en pasar de este sistema al primer alfabeto completo que marca fonemas vocálicos y fonemas consonánticos con toda claridad. La transmisión requirió de la colaboración de un hablante griego y de uno o más informantes fenicios, de manera que debió realizarse en algún lugar en que las relaciones culturales fueran sistemáticas y en el que la escritura fenicia y sus manifestaciones estuvieran presentes. Muchos lugares llenan estas características: entre las islas griegas son buenas candidatas Tera, Melos y Chipre, en especial esta última porque en ella se encuentra gran cantidad de vestigios de escritura griega temprana, incluido un silabario autóctono que pudo haber tenido alguna injerencia en la adaptación (Koob, K., 1994; 275 s). En tierra continental, un buen candidato es el puerto de Al Mina en la costa libanesa, donde mercaderes griegos del área de Eubea –quienes fueron considerados los primeros griegos poseedores del alfabeto–, se encontraban en buena situación de aprender lo suficiente del signario fenicio para lograr la adaptación (Coldstream, citado en Powell, B., 1991; 17), (Jeffery, 1982, 830).

Aunque permanecerá siempre anónimo, algo sabemos del individuo que realizó la innovación. Tenía que ser griego, porque sólo la competencia de la lengua griega permitía discriminar los sonidos con valor lingüístico que debían ser representados en el sistema de escritura. Debió tener un informante letrado fenicio, quien le transmitía el nombre y el sonido de cada signo, aunque él mismo probablemente no leía fenicio porque cometió una serie de inadecuaciones que alguien diestro en el sistema no habría cometido. Pero sobre todo sabemos que su innovación fue resultado de un acto intencional, una acción deliberada, sistemática y altamente inteligente. La invención del alfabeto no fue fruto del azar, ni un proceso anónimo a cargo de la colectividad sin nombre ni rostro: fue

un acto individual orientado hacia un fin, que involucró la voluntad, un buen trecho de sofisticación auditiva y fonológica y mucho sentido común.

El “adaptador” griego debió tener sobre todo un buen oído lingüístico para lograr discriminar la diferencia entre los sonidos vocálicos y los “sonidos” consonánticos. Esta distinción no es sólo auditiva; implica reconocer y representar de manera analítica sonidos “concretos” como las vocales que son audibles por sí mismas y sonidos “abstractos” que no pueden ser emitidos de manera independiente, si no son acompañados de una vocal. Havelock (1981;39) afirma que, aunque nuestros términos ‘vocal’ y ‘consonante’ son posteriores y de origen latino, ellos sólo han podido ser reconocidos gracias a este acto analítico. Veremos más adelante que este hecho habría de revelarse crucial; por ahora baste saber que le permitió marcar sistemáticamente las dos series de sonidos en su novedoso sistema.

Sin embargo, este reconocimiento analítico no lo llevó a inventar todo de nuevo: el adaptador se dedicó por el contrario a hacer el menor número de cambios en el modelo original fenicio. Mantuvo en lo esencial el orden de los signos, retuvo un alto número de signos consonánticos y utilizó las cualidades fonéticas preexistentes en el signario fenicio para los signos faltantes; es el llamado “aprovechamiento de residuos”. El adaptador permitió que algunas afinidades entre los sonidos fenicios y griegos guiaran su elección de los signos vocálicos; en particular, tomó las consonantes menos útiles –las llamadas consonantes débiles– y usó sus signos para las vocales mínimas que requería: cinco. A decir verdad, la elección de esos cinco signos vocálicos fue un acto notable... y arbitrario. Una vez que estaba en posesión del principio fonológico de discriminación vocálica, el adaptador habría podido elegir más o menos signos, sobre todo porque el oído griego debía reconocer en su lengua, al menos siete sonidos vocálicos, algunos de ellos con variantes largas y cortas (*cfr.* Sampson, G., 1985; 105). Algunas de sus omisiones fueron notables: no marcó de manera sistemática la cantidad vocálica (las vocales “largas”), ni el sistema de alturas que eran muy importantes en el griego clásico. Por eso se presentaron casi de inmediato excepciones, como el hecho de representar las vocales largas por medio de diptongos, error que aun subsiste en algunas ortografías europeas. Aun así, el notable resultado fue el siguiente:

/a/ Quedó asociada a la primera vocal **'alf**. El adaptador griego, como sucede a los hablantes de lenguas indoeuropeas, no reconoció una consonante mas del sistema en esta glotalización inicial suave del fenicio. Le asignó a ella el mismo signo [<], pero al escuchar el nombre **'alf** y el sonido **'a**, el

adaptador reunió **alf-a**, que conservó como nombre finalmente (*cf.* Powell, B., 1991; 43).

- /e/ Este signo quedó asociado al fenicio **hē**. Es probable que el informante pronunciara **hē** (nombre) y **he** (sonido), pero el adaptador escuchó [e]. Puesto que entre el nombre y el sonido existe poca diferencia, retuvo como nombre “e”, y de paso descubrió que una letra podía llamarse como uno de sus sonidos, hecho que sería sistemáticamente explotado en el abecedario etrusco-romano (Février, J., 1959; 389).
- /u/ Este signo planteó un problema particular. Su equivalente fenicio **wau**, **wau** (nombre), **wu** (sonido) condujo a dos signos griegos: la consonante **wau** llamada “digamma” la cual, aunque modificó su forma quedó colocada en el mismo sexto lugar del sistema fenicio, y la vocal griega **u**, “upsilon” (nombre), /Y/ (signo), que fue colocada al final del abecedario creado, después de **tau**, convirtiéndose en la primera adición a la secuencia inicial. El adaptador la llamó “u”, lo mismo que había hecho con “e”; sin duda, la “u” tuvo para él una importancia especial porque sin ella el sistema vocálico quedaría incompleto: “ninguna otra letra es tratada de manera similar. En el abecedario transmitido a Creta, ella es la única adición después de **tau**; las otras letras no-fenicias desaparecieron” (Koob, K., 1994; 273).
- /i/ Una afinidad fonética entre la consonante **y**, **yōd** (nombre), **y** (sonido) y el sonido vocálico [y], permitió al adaptador crear el signo vocálico /i/ llamado “iota”.
- /o/ A este signo vocálico se le asignó el signo fenicio de la fricativa faríngea vocalizada **ain**. Tal vez el informante pronunció **ain** (nombre) **o** (sonido), pero el adaptador escuchó algo semejante a [o], lo que bastaba para sus propósitos. La llamó “o”, lo mismo que había hecho con /e/y/u/ (aunque después se llamaría **o-micrón**, “o pequeña”). “La última letra de la serie vocálica griega, la **o** (o-mega, es decir “o grande”) no es de ningún modo una letra nueva, sino una variación diacrítica de la **o pequeña**, que se representó abierta en el fondo (Ω). Omega parece más bien una idea tardía en el signario griego el cual nunca distingue entre larga y corta en los casos de /a/, /i/, /u/. La distinción entre E para [e] η para [e], surgió por accidente en el jónico posterior (c. siglo IV) llamado **koine**” (Powell, B. 1991; 43-44). Los gramatólogos coinciden todos en este punto: G. Sampson, al comentar esta ausencia de signos particulares para [ā], [ī], [ū], afirma: “el primer signario griego distingue la calidad vocálica, pero no la cantidad vocálica. Las vocales largas y cortas fueron normal-

mente escritas del mismo modo... ellas fueron representadas: [i, ī] por I; [a, ā] por A y [ū] por OY” (Sampson, G., 1985; 105).

Además del sistema vocálico, el adaptador introdujo dos modificaciones importantes en el signario original: la primera, referida a la serie de silbantes (san, sigma, zeta, xei) se explica porque el sistema fenicio contiene un mayor número de sonidos “s” que el requerido en griego¹. La segunda modificación, que representa el mayor enigma en la innovación griega, es la adición de las llamadas “letras extra” **fi, ji, psi** colocadas al final del abecedario creado. El descubrimiento de alfabetos que no las contienen en Melos, Tera, Creta, etc., ha conducido a la hipótesis de que podría tratarse de implantaciones posteriores. Según Powell, la oscuridad que rodea esos signos es la mejor evidencia de que pertenecieron al sistema original, por dos razones: porque su adición no agregó claridad sino confusión al sistema griego, de manera que si su adición tenía como propósito evitar ambigüedades, entonces representaron un fracaso notable, y enseguida porque esas letras aparecen en muchas otras variantes regionales del alfabeto griego, previas a la uniformización del siglo IV a. C., de modo que cabría la pregunta de quién, con qué autoridad habría podido imponer esos signos una vez que la difusión del alfabeto se hubiera iniciado (Cfr. Powell, B., 1991; 46 ss).

La innovación del alfabeto griego fue un acto notable de creación intelectual. Fue, además, un acontecimiento único que se realizó en un momento determinado y en un único lugar. En cuanto al momento, después del artículo de R. Carpenter, parece lograrse un consenso en torno al siglo VIII a. C. (c. 750 A. C.). Esta datación se explica por la comparación en la forma de cada uno de los signos entre el sistema fenicio y el alfabeto creado, y porque la fecha de

¹ El problema de las silbantes, del cual se han sugerido diversas soluciones, consiste en que, aun conservando la forma aproximada y el orden original de los signos gráficos, el nombre de los signos griegos correspondientes (y su valor en el caso de xei y sigma) están alterados. De esta manera:

(fenicio) **zai** [z] se convirtió en **zeta** (en lugar del esperado **san** = [s])
 (fenicio) **semk** [s] se convirtió en **sei** (en lugar del esperado **sigma** = [s])
 (fenicio) **sade** [ts] se convirtió en **san** (en lugar del esperado **zeta** = [dz])
 (fenicio) **sin** [sh] se convirtió en **sigma** (en lugar del esperado **xei** = [sh])

“Esta dislocación fue producida aparentemente por el método del adaptador de aprender de manera separada los nombres de los signos y su orden gráfico, más que aprender los nombres individuales asociados a los signos individuales” (Powell, B., 1991; 46).

transmisión no puede ser muy distante de los primeros ejemplos de escritura griega conocidos, cuya estimación oscila entre el 720 a.C. (Carpenter) y el 775 a.C. En cuanto al carácter único del lugar y del individuo, varios rasgos lo prueban. Primero, porque en el plano histórico, cuando ocurren muchos –e incluso innumerables– cambios arbitrarios en un sistema convencional, es sumamente improbable que pueda ocurrir dos veces y menos aún en momentos y lugares tan próximos. La existencia y la estructura particular del sistema vocálico, de la que no existe ninguna otra variante y ninguna evidencia de intentos previos, pone también fuera de duda que el sistema es creación de un único individuo. Incluso la serie de errores y confusiones, que habrán de repetirse en todos los alfabetos regionales (las llamadas “variantes epicóricas”) como la presencia de fi (ϕ) que no tiene antecedentes semíticos, la confusión en el subsistema de las silbantes y la falta de claridad de las “letras extras”, todo ello argumenta en favor de un acto singular. Y quizá se trataba de un individuo no muy versado en fenicio, porque reemplazó el sistema retrógrado de escritura semítica que va de derecha a izquierda, por el sistema bustrófedon (“como aran los bueyes”) que alterna una línea de derecha a izquierda con una línea de izquierda a derecha. Su heterodoxia perduró, porque no es sino más tarde que la escritura griega habrá de estabilizarse de izquierda a derecha; entonces, las letras darán un giro sobre su propio eje y se pondrán a mirar, como hasta hoy, en el sentido de la escritura.

Finalmente, es notable que esa innovación se haya realizado en un solo golpe, por así decirlo. En la historia de la escritura griega no hay indicios de ningún tránsito gradual de un sistema menos completo a un sistema más acabado. Tampoco hay rastros de formas intermedias, ensayos, vacilaciones y retrocesos. Una vez presente el sistema, los agregados posteriores no han hecho modificaciones sustantivas: “nadie ha agregado nada importante al sistema original. El largo periodo de invisibilidad que en algún momento se creyó necesario para explicar las variantes epicóricas regionales, puede ser sustituido por un periodo corto en el cual la escritura estuvo en manos de un pequeño grupo, centrado quizá en el área de Eubea” (Powell, B., 1991; 66). Este intervalo de ausencia de la escritura es notable, porque si la fecha de transmisión es correcta, los griegos dejaron de escribir alrededor de 300 años, desde la destrucción de la civilización Minoica que trajo consigo la desaparición del sistema lineal B. Durante ese tiempo llamado de oscuridad, la cultura griega oral coexistió con la cultura escrita fenicia que había logrado estabilizar su sistema de escritura en torno al 1100 a.C. Y sin embargo, aquélla no hizo ningún intento por tomar

prestado este dispositivo tecnológico; cuando los griegos reaprendieron a escribir lo hicieron con un sistema propio. Cabe entonces preguntarse por las causas que impulsaron ese acto único, largamente pospuesto. Formulemos pues la cuestión: ¿cuál fue la motivación?

El motivo

Ante todo, habrá que comprender el por qué debieron recurrir al signario fenicio. Sobre todo si se considera que los griegos ya habían hecho dos esfuerzos previos en el plano de la escritura: el sistema chipriota y la escritura cretense llamada lineal B. La respuesta estriba en que estos dos sistemas son silabarios que, lo mismo que otras escrituras similares, al intentar notar las numerosas sílabas de cualquier lengua natural, desembocan en un alto número de signos. De hecho, ésta fue la razón de su extinción: sus características estructurales exigen una larga preparación y por tanto una profesionalización avanzada antes de poder emplear el sistema. La reducida clase de individuos que estaba en posesión de esas escrituras no sobrevivió al derrumbe de la civilización del siglo XII a. C. El sistema fenicio se caracteriza, por el contrario, por la enorme economía de su repertorio: cuenta con veintidós signos a diferencia de los cincuenta y seis signos del silabario chipriota y de los ochenta signos del lineal B. Esta es una primera razón por la cual los griegos recurrieron al sistema fenicio antes que recibir ninguna influencia de los sistemas preclásicos.

Pero adicionalmente, el sistema fenicio es en sí mismo un logro enorme. Su eficiencia en el registro de las lenguas semíticas es tan notable que el principio estructural de esa escritura se continúa usando aún hoy, desde Marruecos hasta Malasia a través del alfabeto árabe que posee una estructura similar. Sin embargo, esta economía de medios tenía una contrapartida: la ambigüedad que resulta de expresar únicamente los signos consonánticos. Esta ambigüedad es inescapable, como se percibe al intentar la transcripción de la palabra CNSNNTS, “consonantes”. Bajo estas condiciones el acto de leer no puede evitar algún margen de conjetura. En una famosa inscripción fenicia del siglo V a. C., encontrada en el templo de Astarte, aparece el nombre del donador: ML. ¿cómo se resuelve este misterio? “sólo porque el nombre fenicio Molia es tan común, puede hacerse la hipótesis de que ése es el nombre correcto y con ello, incluir las vocales que se requieren” (Koob, K., 1994; 221). Dejar al lector la responsabilidad de agregar las vocales faltantes, no crea un problema para los

hablantes de lenguas semíticas debido a que las características morfológicas y sintácticas de estas lenguas permiten reducir la ambigüedad. Pero ello presenta una seria dificultad para la transcripción de otras lenguas, especialmente las indoeuropeas (entre ellas el griego) porque no permite expresar las sílabas con más de una vocal, ni las sílabas que empiezan por vocal. Veremos mas adelante las consecuencias de esta diferencia morfológica; por ahora, basta con tener presente que bajo estas premisas, ya la primera palabra de la *Odisea* se convierte en un enigma: NDR, “Andra” (Cfr. Havelock, 1981; 26).

La dificultad de transcripción se extiende por supuesto a cualquier palabra o enunciado griego, pero hay una situación en la que ella se torna extrema: la escritura del hexámetro poético griego. Para comprenderlo, observemos las dos primeras líneas de *La Iliada*, transcritas en escritura fenicia y romanizadas (Powell, B., 1991; 113):

MNN D T PLD KLS
 LMNN H MR KS LGTK
 Mēnin aeide tea, peleiadeo akileos
 oulomenen, e murī akaiois alge eteke

En la transcripción fenicia el problema no se reduce únicamente a encontrar el enunciado original, sino que además está perdida por completo la característica básica de la emisión poética: su estructura métrica. Esto equivale en realidad a cancelar el principio más general de la poesía griega que descansa en el carácter “cuantitativo” del metro, y en particular de la poesía épica que es el hexámetro. La naturaleza “cuantitativa” de la poesía griega está naturalmente ligada al ritmo silábico y en particular al patrón vocálico. La unidad métrica de la épica griega es el dáctilo que, a su vez, está formado de una sílaba larga “_” seguida de dos sílabas cortas “U” (__ UU). El hexámetro está constituido por seis unidades de este tipo. Una convención, que hace equivalente una sílaba larga a dos sílabas breves, permite que el dáctilo sea sustituido por un espondeo (--). Un espondeo puede susstituir al dáctilo en cualquiera de los seis metros, aunque es obligatorio en el sexto metro porque la pausa final del verso suplementa la diferencia de cantidad en el supuesto de que la sílaba fuera breve por naturaleza. Con ello, completamos el esquema general del hexámetro (Howatson, M.C.; 1991; 549):

--UU --UU --UU --UU --(UU) --X

Este esquema requiere de la notación de las vocales y del reconocimiento de la “cantidad vocálica”, el alfabeto griego lo logra sea por un signo particular (como en e, o), sea por signos o reglas prosódicas (Cfr. Howatson, M. C., 1991; 685-686). No todo vocablo griego puede participar en un hexámetro; un gran número de ellos están excluidos por su estructura silábica. Con todo esto se tiene una idea de hasta qué punto el patrón vocálico es inherente al hexámetro griego: existe en *La Iliada* una línea en la que están presentes dieciocho vocales (algunas en diptongos) y sólo nueve consonantes. Es en realidad la manifestación de un fenómeno propio de la lengua griega (Cfr. Koob, K., 1994; 280).

El verso hexamétrico no es por supuesto el habla cotidiana; es un lenguaje tradicional, particularmente del mundo épico y didáctico, producido “profesionalmente” por los aedos, los poetas orales de la Grecia antigua. Puesto que es un habla específica que depende del ritmo y de la memoria para la repetición de largos pasajes épicos, la exigencia métrica no tiene nada de extravagante. La técnica métrica posee una duración fija en el tiempo y no puede permitir la multiplicación casual de sílabas, porque eso destruye el dispositivo en el que descansa la recitación oral y el esfuerzo de la memoria. Pero esta misma exigencia se extiende a la escritura. Cualquier sistema de escritura que ignore el patrón vocálico o que permita ambigüedad y caos en la reproducción escrita, sería inadecuado como sistema de transcripción de esos versos. No sería siquiera ensayado antes de reparar esa ineficiencia. Un sistema que no recogiera ese hecho básico sería inaceptable. Esta es una primera razón para crear un alfabeto que incluya la vocalización (Koob, K., 1981; 55 ss).

Existe una segunda razón que explica la inadecuación de la escritura fenicia respecto a la poesía hexamétrica. En efecto, el verso épico, practicado esencialmente por los poetas orales, contiene una amalgama excepcional de arcaísmos, diversas formas dialectales y formas épicas especiales que no existieron en ningún momento, en ninguna lengua vernácula griega. Esto conlleva una dificultad particular porque la escritura fenicia descansa en el hecho de que la serie de consonantes, con el agregado del contexto y el orden sintáctico, ofrece suficientes indicios para que el lector que conoce la lengua sea capaz de agregar los sonidos faltantes para reconstruir el mensaje original. Esto habría sido imposible en griego porque nunca hubo hablantes nativos de la poesía hexamétrica griega, excepto los aedos, que no requerían de la escritura: “no hay forma de escribir los hexámetros griegos en ninguna de las antiguas escrituras logosilábicas o en alguno de los silabarios existentes, incluido el versátil silabario

chipriota, y luego esperar que el lector sea capaz de reconstruir la forma de la sílaba a partir del escrito” (Powell, B., 1991; 115).

Se percibe entonces la cuidadosa atención que la poesía griega debía prestar al complejo y sutil ritmo hexamétrico y a su transcripción en la escritura. Y ésta era una preocupación específica de la poesía épica griega que no era compartida por otras poesías o literaturas contemporáneas suyas. La atención prestada a la duración en el tiempo y a la cantidad silábica del verso no era una necesidad para la “poesía” semítica porque ésta no descansa en el ritmo, sino en una serie de paralelismos, oposiciones, oximoros, etc., entre las partes que constituyen el mensaje verbal. Un ejemplo de ello es el extraído por Havelock de una larga maldición contenida en el *Deuteronomio*:

será maldito en la ciudad y maldito en el campo...
 maldito cuando llegue y maldito cuando parta...
 y el cielo sobre su cabeza será de bronce...
 y la tierra bajo sus pies será de hierro...

El efecto imponente del mensaje verbal y la estructura que facilita su repetición oral reposa en la serie de paralelismos y oposiciones entre la ciudad y el campo, el aquí y el allá, lo cerca y lo lejos, lo alto y lo bajo, el bronce y el hierro. La tradición literaria semítica descansa en este tipo de operaciones, mientras que la tradición griega descansa en el metro: aquella puede carecer de sistema métrico, pero su efecto sigue siendo poético por la solemnidad de la serie de paralelismos y correspondencias; ésta desaparece por completo si no preserva su estructura rítmica. La tradición semítica no requiere de un señalamiento preciso del valor temporal de la sílaba y por tanto de la vocal, mientras que por el contrario esto resulta indispensable para la tradición hexamétrica griega.

No es una hipótesis injustificada suponer entonces que fue la necesidad de preservar en la escritura el ritmo y el contenido del verso hexamétrico lo que condujo a modificar el sistema fenicio preexistente, imponiéndole un sistema vocálico. Para algunos autores, fue con el fin de escribir hexámetros en aquellas ocasiones especiales señaladas por el mundo oral: dedicatorias votivas, ofrendas, homenajes; para otros, fue con el fin de transcribir directamente poesía homérica cuya salvaguarda había sido el privilegio de la repetición oral. Pero en cualquiera de estos casos, el motivo era que la escritura fenicia no marcaba justamente aquello que era lo más importante para el oído poético griego: las vocales (aunque algunas consonantes débiles pudieran sugerir ese sonido).

Como se ha visto, el acto de innovación debió obedecer a una motivación fuerte y única. Esta hipótesis sostiene que la motivación consistió en la necesidad de transcribir sin pérdida la estructura métrica del hexámetro griego. Si los griegos hubiesen deseado poner por escrito prosa simple (nombres, marcas de propiedad, etc.), difícilmente habrían necesitado la creación simultánea de todo el sistema vocálico y de todo el subsistema de silbantes y letras adicionales. Para enunciados breves, ellos habrían podido tomar la escritura tal como existía siguiendo un principio de economía bien conocido en la historia de la escritura, según el cual se adopta en bloque un sistema preexistente y se hacen modificaciones de manera gradual, debidas a presiones internas. Además, debió responder a una necesidad exclusiva del mundo griego, como lo muestra “la indiferencia de los fenicios ante la invención griega y el retorno de los etruscos a una escritura silábica, aun después de tener conocimiento del alfabeto griego (así, los etruscos escriben PSCNI por ‘Pescennius’)” (Wade-Gery, H., cit. en Powell, B., 1995; 110).

Tan plausible como parezca, esta hipótesis no pasaría de ser una especulación sin el apoyo que encuentra en la evidencia disponible, especialmente en el examen de las llamadas “inscripciones largas” que a partir del 750 a.C. se multiplican a lo largo de todo el mundo griego. La evidencia disponible en el intervalo que va del 750 al 650 a.C. consta de un poco más de veinte inscripciones. El examen de estas primeras inscripciones es uno de los argumentos más importantes que Powell, B. y Koob, K. presentan en apoyo de su hipótesis. Puesto que, por razones de espacio, no sería posible presentarlas todas aquí, sólo reproduciremos el ejemplo de las dos más antiguas: el llamado vaso de Dipilón y la copa de Néstor.

El vaso de Dipilón

Descubierto en 1871 en la Grecia continental, al lado de la importante vía que une a la Academia con Hippos Colonos, el vaso de Dipilón datado con seguridad 740-730 a.C., es el ejemplar más antiguo de escritura alfabética griega que se conoce. El pequeño vaso (12 x 15 cms.) exhibe un mensaje, probablemente obra de dos personas diferentes, inciso sobre el barro ya terminado. La inscripción, romanizada y escrita de izquierda a derecha dice (seguimos aquí la reproducción y la traducción de Koob, K., p. 24. La inscripción carece aún de signos prosódicos adicionales):

HOSNUNORCHESTONPANTONATALOTATAPAIZEI

Aquél de todos los bailarines que ejecute con mayor destreza...

La inscripción no tiene separación entre palabras, está escrita de derecha a izquierda y sigue sólo parcialmente la guía de la banda ornamental del vaso. Las cinco vocales griegas [a, e, i, o, u] están presentes como sistema completo sin que ofrezca evidencia de un periodo de ensayo respecto a la escritura fenicia. Una particularidad es que representa a la letra alfa en posición horizontal aunque en sentido inverso a su símil semítico; presenta también a iota como línea quebrada y a lambda con gancho en la parte superior. Estos rasgos adquieren importancia porque muestran una gran proximidad con los signos semíticos y por tanto sugieren que el momento de la adaptación no estaba distante. De ahí proviene la suposición de que el mensaje fue obra de un visitante deseoso de ofrecer una prueba de virtuosismo ante un público ateniese aún iletrado.

Esta última suposición se ve reforzada por el hecho de que el vaso de Dipilón relata una escena característica del mundo griego: un simposio en el que se organiza una competencia, no necesariamente entre bailarines profesionales, cuyo premio es justamente el vaso mismo. Esta clase de concursos festivos debieron ser frecuentes. Homero mismo los conocía bien y pudo haber asistido a algunos de ellos, porque aparecen narrados en *La Odisea* (8;382). Ellos forman parte del significado del “buen vivir” que es un orgullo civilizatorio de la Grecia clásica. Además si, como parece ser el caso, es en honor de un visitante, entonces podría estar asociado con esa institución social que es la **xenia**, la recepción a un huésped cuya seguridad personal lejos de su territorio, depende de la benevolencia de sus hospederos. La inscripción contiene además el superlativo **ATALOTATA** que modifica el verbo **PAIZEI** (“danzar”). A partir de la presencia del superlativo, Koob, K. ha ofrecido una traducción según la cual el enunciado no se refiere a una danza suavemente ejecutada, sino a un baile con fuerte énfasis en el esfuerzo físico, mas bien próximo a las acrobacias representadas en las cortes micénicas, es decir “una danza enérgica, mimética, física, con frecuencia sexualmente sugestiva” (Koob, K., 1994; 32).

El mensaje inciso en el vaso de Dipilón es un hexámetro perfecto. Esta perfección contrasta notablemente con la habilidad en el uso de la escritura; quien quiera que haya compuesto el verso, era diestro en el arte de manejar hexámetros, pero aquel que intentó hacer la inscripción no era igualmente hábil en el manejo de la escritura recientemente introducida. Por eso se ha supuesto la presencia de un aedo profesional quien probablemente no es el autor de la

inscripción; pero en todo caso, es evidente la distancia en términos de pericia que separa la cultura oral y la cultura escrita; “el grabador hizo su mejor esfuerzo gráfico, pero no podía igualar la destreza técnica del verso mismo, que es espléndido. Los tres pies fuertes, todos espondeos, que establecen la prótasis del ritmo (---/---/---) sugieren una proclamación oral, una imitación de un pronunciamiento solemne” (Koob, K., 1994; 32).

Dentro de su brevedad, el primer ejemplo conocido de escritura alfabética aporta consigo una amplia imagen de la vida griega: un premio casual, otorgado en un *simposium* privado en una residencia griega común, en la cual quizá un visitante es homenajeado y en el que estaban involucrados la fiesta, la bebida, la danza y la poesía. En algún momento, alguien diestro en la poesía tradicional cantó un par de líneas para anunciar el premio; la escritura retuvo ese momento y las palabras sobrevivieron para siempre al acto. Estamos en presencia de toda una institución civilizatoria. El banquete varonil, organizado alrededor del vino y las canciones épicas, de la hospitalidad ofrecida a un extranjero, en un contexto de intercambios y visitas recíprocas en la unidad cultural del mundo griego. Es un momento relevante en el que se entrelazan valores como la benevolencia, el esfuerzo físico y la reciprocidad, a través de los cuales la comunidad adquiere y reproduce su identidad y su conciencia de sí.

La escritura alfabética hace el papel de recién llegada a esta civilización y su tarea primordial es transcribir los hábitos y las voces de ese mundo oral. Pero es significativo que se recurra a ella en el momento en que irrumpe un habla específica, cuando el instante presente es asociado a un modelo tradicional, tal como es relatado por Homero. En este *simposion* se creyó necesario recurrir al lenguaje formular del hexámetro; es natural porque es una manera de vincular los actos cotidianos con sus modelos ancestrales. Nadie confunde ambos planos, pero éste último otorga significado simbólico al primero. La escritura congeló el momento en el que un verso fue cantado o recitado en un banquete ordinario para referirlo a una tradición civilizatoria inmemorial. Por eso el mensaje hace visible simultáneamente la voz de ese aedo particular y la voz intemporal e inmóvil que se expresa en el hexámetro.

Para el ganador, el vaso con la incisión escrita se convirtió en un recuerdo personal de aquel día feliz y en consecuencia en un objeto altamente valorizado. Por eso pidió que se le enterrase con él, quizá muchos años después porque si la traducción propuesta por Koob es correcta, su proeza danzística requería de una extrema juventud. Gracias a ello, nos legó en palabras una imagen de ese momento civilizatorio.

La copa de Néstor

NESTOROS: EIMI: EUPOTON: POTERION
 HOSD'ANTODE PIESI: POTERIO: AUTKAKENON
 HIMEROS HAIRESEI: KALLISTEPHANO: APHRODITES

Yo soy la deliciosa copa de Néstor. Quien bebe de esta copa
 pronto será presa del deseo de Afrodita,
 coronada de belleza

La copa que contiene esta inscripción (hemos seguido la reproducción de Kobb, K., 1994; p.46), fue descubierta en la isla de Pitecusas, en el borde occidental del mundo griego, donde se han encontrado otros ejemplos de escritura griega temprana. Se le considera en general como el segundo ejemplo más antiguo conocido. Escrito en el sistema ordinario de Eubea, la copa es un ejemplo único entre las inscripciones disponibles por varias razones: todas las líneas están en escritura retrógrada, de derecha a izquierda; las líneas métricas están escritas separadas y no continuamente; además, el escritor ha usado un dispositivo diacrítico, el “colon” (dos puntos situados en vertical) para indicar la separación de palabra en la primera línea, la división de frase en la segunda línea y la cesura hexamétrica en la tercera línea. No aparece ningún otro signo prosódico adicional.

La inscripción nos introduce nuevamente en el ambiente del *simposion*, del banquete varonil “en el que los bien nacidos establecían y afirmaban las alianzas que eran útiles en el culto griego a la libertad, la poesía y la guerra” (Powell, B., 1991; 154). Ambiente que se hace más notable en la medida en que el propietario de la copa asume en forma de parodia el papel de un personaje de la épica griega: Néstor de Pilos. No es posible saber si nuestro hombre del siglo VIII se llamaba Néstor (cosa improbable, pero que no puede descartarse); de cualquier modo él adopta, así sea por un momento, la personalidad del héroe homérico. La inscripción evoca otra copa, descrita con tal detalle que se considera uno de los segmentos más “realistas” de *La Iliada* (XI; 631-641). La escena debe haber sido muy popular porque en ella Néstor, envejecido pero extraordinariamente fuerte, levanta una copa de proporciones inauditas, mientras propone a Patroclo utilizar la armadura de Aquiles. Como se sabe, al aceptar la idea, Patroclo encuentra la muerte a manos de Héctor, hecho que provoca la vuelta de Aquiles al campo de batalla y el desenlace de la guerra de Troya. Este es el hecho épico

que la copa de Pitecusas reproduce, permitiendo a su propietario ingresar de un solo golpe en el mundo de la tradición inmemorial.

Es natural entonces que la inscripción recurra al lenguaje propio del mundo épico: el hexámetro. Sin embargo Powell, B. (1991;165) hace resaltar la excepción que esta primera línea representa entre las inscripciones más antiguas: no se trataría de una expresión poética sino un enunciado en prosa del tipo EIMI [yo soy] más el nombre del poseedor en genitivo (lo que permite que el objeto “hable”, como sucede con frecuencia en este primer momento de la transmisión) Aparentemente, el compositor de la línea no estaba pensando en patrones rítmicos, quizá porque hacía la parodia de una dedicatoria. Esta línea, que es el único ejemplo de prosa entre las primeras inscripciones, está seguida por dos hábiles hexámetros. Se ha tratado de explicar esta diferencia por el hecho de que el brindis simposiástico tenía una estructura similar: cada uno de los invitados ejecutaba una línea, de alguna canción predeterminada, acompañado de una lira. La excepción en prosa al verso hexamétrico introduce una profunda novedad: “en la inscripción de la copa de Néstor poseemos con seguridad uno de los ejemplos más antiguos de escritura alfabética y en el mismo momento, la primera alusión literaria de Europa, un hecho extraordinario” (Powell, B., 1991; 167).

La copa de Néstor es una muestra de que aún en el extremo occidental de la Grecia antigua, en un medio de comerciantes y navegantes, el conocimiento de Homero era impecable. El lenguaje épico, con sus exigencias métricas y su carácter formulaico era efectivamente el vínculo del individuo con la tradición y la memoria colectiva; era a él al que los individuos comunes recurrían cuando trataban de analtecerse o enorgullecerse (Havelock, E., 1981;30). Aunque era obra de aedos, no era exclusivo de la literatura, sino un habla ritualizada propia de momentos especiales: aquéllos en los que el acto cotidiano se une a la tradición. Pero si esa poesía valorizaba al individuo, la escritura valorizaba a los objetos a tal punto que aún los vasos ordinarios se convertían en posesiones que acompañaban a sus propietarios hasta sus tumbas.

No hemos presentado toda la evidencia que ofrecen las primeras inscripciones del alfabeto griego. El lector interesado en ello debe referirse a los trabajos de Koob, K. y Powell, B. donde se examinan un buen número de evidencias adicionales. Pero quizá lo ya expuesto sea suficiente para sustentar una serie de conclusiones. La primera de éstas es que la posesión de la escritura ha cambiado de manos. A diferencia del mundo micénico en el que la función primaria de la escritura fue conservar registros de la actividad económica y en el que ella

estaba en manos de un pequeño grupo de expertos en su elaboración y su lectura, en la Grecia del siglo VIII a.C. que comienza su alfabetización, la función primaria fue registrar la lengua hablada de hombres y mujeres ordinarios en momentos especiales de sus vidas. Lo que la primera evidencia escrita pone al descubierto son individuos de finales del siglo VIII a.c. que participan en banquetes, en danzas acrobáticas, que beben y celebran placeres y costumbres, pero también que se presentan ante los dioses para hacerles un presente o un ruego, en medio de encantamientos y dedicatorias rituales.

El rasgo común de todos esos individuos es que hacen uso de esa forma ritualizada que es el habla épica. No es por supuesto que los griegos ignoren otros usos menores de la escritura; existen inscripciones cortas, marcas de propiedad y sobre todo nombres, que a veces constan de unas pocas letras. Pero cuando se ha conservado un enunciado en el que se percibe una intención comunicativa del emisor, lo que aparece es el recurso al hexámetro épico como forma de expresión. Sea que hable el individuo o que permita “hablar” al objeto, lo cierto es que la mayoría abrumadora de las inscripciones largas están sujetas a la fórmula métrica: “en realidad, excepto por las simples fórmulas y los nombres ocasionales, los primeros griegos alfabetizados actúan como si ellos solo conocieran cómo escribir hexámetros” (Powell, B., 1991; 1985). Actitud que resulta comprensible porque en un mundo ágrafo en el que gradualmente inicia la escritura su difusión, prevalecen aún los hábitos orales fundamentales, en particular el hecho de que los enunciados socialmente relevantes por su importancia o su solemnidad son confiados al lenguaje formulaico que se concentra en el hexámetro épico. Hábito generalizado también: el contraste entre el pequeño número de inscripciones disponibles del siglo VIII y su gran dispersión geográfica muestra que el recurso al lenguaje formulaico no era un monopolio de inspirados o profesionales sino un hábito de la mayoría de la población.

Si se considera la evidencia en su conjunto, la hipótesis de que la innovación alfabética tenga como motivación fundamental el registrar poesía hexamétrica no carece de fundamento teórico y empírico. Por supuesto aún es una conjetura que depende de los descubrimientos futuros, pero es aquella que reúne mejor el material conocido y la única que parece ofrecer una respuesta clara acerca del impulso hacia esa gran innovación de la escritura.

¿Una gran innovación?

Pero, ¿fue efectivamente una gran innovación? Aquí de nueva cuenta las opiniones están encontradas. Reservar como hemos hecho el nombre de alfabeto a la invención griega es tomar partido acerca de la noción misma de alfabeto, de su alcance y de las consecuencias de esa innovación. Conviene tener presente que una buena cantidad de historias de la escritura no aplican el nombre de alfabeto únicamente al sistema griego, sino que lo hacen remontar hasta la aparición de la escritura protocanaítica, antecesora de los sistemas semíticos. Un ejemplo entre muchos, Moore Cross: “La invención del alfabeto es un acontecimiento singular que se produjo alrededor del siglo XVIII a. C. Toda escritura alfabética deriva en último término de un alfabeto antiguo canaanita y su descendiente inmediato, el alfabeto fenicio lineal temprano” (Moore Cross, F., 1992; 76). Citas similares se encuentran entre los lingüistas, *vgr.* Martinet: “designamos con el nombre de alfabetos tanto los sistemas gráficos en los que las vocales no aparecen notadas o sólo subsidiariamente, como aquéllos en los que, en principio cada fonema, vocal o consonante, corresponde a una letra” (Martinet, A., *La lingüística, guía alfabética*; 173; Editorial Anagrama, Barcelona).

La respuesta corre el riesgo de reformular la pregunta, porque si el término alfabético es aplicable a los signarios semíticos occidentales, la cuestión acerca de la invención del alfabeto debe resolverse hacia el segundo milenio previo a nuestra era, en el Oriente medio. Conviene pues tener claro si la innovación griega consistió en *agregar* las vocales a un sistema ya alfabético, o bien si ella introduce un tipo de análisis diferente al realizado por el sistema fenicio. Entre el sistema griego y su predecesor, ¿existe una diferencia de naturaleza o solo de grado?

Recordemos en qué consiste el sistema fenicio: mediante un esfuerzo de análisis extraordinario ha retenido del sistema logo-silábico egipcio una pequeña serie de veintidós signos, desprendiéndose de todo el complejo aparato logográfico y silábico adicional. El resultado es un sistema extraordinariamente económico en el que cada signo representa un solo sonido consonántico. Este sistema se reveló sumamente eficaz, pero su eficiencia estaba restringida al grupo de lenguas semíticas, por la asociación intrínseca que existe entre el sistema de escritura y la morfología de la lengua representada. Este último es un principio básico, porque aun cuando es posible adaptar diversos sistemas de escritura a una lengua natural, no todos ellos pueden representarla con la misma eficacia.

Las características morfológicas determinan en buena medida la estructura del sistema de escritura que puede transcribir esa lengua.

Dos hechos morfológicos que caracterizan a las lenguas semíticas son que la totalidad de las sílabas comienzan por una consonante y que la raíz de la palabra, compuesta normalmente de tres consonantes (aunque existen casos de cuatro), permanece invariable. Este fenómeno llamado trilateralismo, variación vocálica interna o cambio vocálico, significa que la raíz consonántica expresa inmediatamente el sentido de la palabra y lo preserva, permitiendo que la variación vocálica añada información gramatical o sintáctica que no altera el sentido original, aunque introduce un elemento ideográfico en la representación. Un ejemplo de ello es la raíz consonántica del árabe clásico **KTB** “noción de escribir”. Su sentido fundamental no es modificado por la inserción de las vocales o por la adición de otras consonantes que sólo añaden modalidades; así, se tiene: **KTB**: **KATABA** “El escribió”, **KOTEB**: **KATIB** “Escribano”, **KITAB** “Escrito, libro”; **KTBT**: **KATABN** “He escrito”, “tú has escrito”, **KTBN**: **KATABNU** “Hemos escrito”, etc. (cfr. Sznycer, M. y Fevrier, J.). Dado el número relativamente alto de consonantes en esas lenguas y las posibilidades de combinación de tres de entre ellas, el número de homófonos en la escritura es bajo. El sentido aparece claramente cuando se conocen las consonantes radicales y la información que aportan las vocales sólo expresa la carga gramatical o la función sintáctica que la palabra tendrá en la oración.

El sistema semítico tuvo éxito en esa área lingüística por su adecuación a esta estructura morfológica de las lenguas que representa gráficamente. Pero ésa no es la situación de las lenguas polisilábicas y flexivas que pertenecen a la familia indoeuropea, en la que se encuentran el griego y la mayoría de las lenguas europeas modernas. En éstas, si se reúnen tres consonantes, por ejemplo **PLR**, la inserción de vocales cambiará completamente el sentido (**PULIR**, **PILAR**, **POLAR**, **PELEAR**) produciendo entidades léxicas que no tienen ninguna relación entre sí. En la familia semítica, las consonantes raíces producen un gran número de patrones de palabra cuya ambigüedad en la inserción vocálica es resuelta en el plano sintáctico por un orden fijo de palabras para ciertos elementos y habitual para otros. Mediante ese orden generalmente se reconoce con facilidad si se está en presencia de un verbo o un nombre y, entre éstos, si se trata del sujeto o del complemento de un verbo transitivo² (Cfr. Sznycer, M., 1977; 87 ss) Por

² Una situación análoga se presenta en chino; su naturaleza morfológica (una gran cantidad de palabras monosilábicas, con restricciones en su terminación consonántica) permite un sistema logográfico de escritura, aunque ello exige un gran número de ideogramas, más o menos un signo

eso la escritura semítica se permite dejar al lector la tarea de agregar la vocalización necesaria. No todos los sistemas contemporáneos a la escritura semítica otorgan el mismo grado de libertad al lector: el silabario chipriota, por ejemplo, poseía complicadas reglas de deletreo que establecían la elección de las vocales posibles; el silabario egeo era más preciso en la sílaba que era notada por la escritura, pero tenía tres veces más signos. Estos silabarios griegos sirven para mostrar que en el intento por representar lenguas ajenas al grupo semítico, la reducción de la ambigüedad es inversamente proporcional a la complejidad del sistema de escritura. La escritura consonántica fenicia es un caso excepcional porque su sencillez resulta de la conjunción entre la solución técnica adoptada y la morfología de las lenguas representadas.

La economía en el universo de signos, poseer un orden convencional y un nombre independiente de su valor para cada signo, son las características que han llevado a otorgar el título de alfabeto al sistema fenicio, lo mismo que a las demás escrituras semíticas. Se les suele agregar el calificativo de alfabetos consonánticos, porque se reconoce que no representan al sistema vocálico, pero se considera que ello no altera su naturaleza. Si se acepta esta definición de alfabeto, entonces la verdadera revolución en la escritura es casi cuatro veces milenaria. Un número importante de autores adopta esta posición: “el primer abecedario conocido hasta ahora y que representa los fonemas consonánticos fue un paso revolucionario hacia la extensión de la alfabetización; la inserción sistemática de los signos vocálicos fue solo un paso adicional, aunque importante, en ese proceso” (Enciclopedia Judaica; Art. Alphabet, Hebrew; Vol. I; 678).

Sin embargo no es fácil admitir que el sistema vocálico es únicamente un agregado al alfabeto consonántico. No está claro que sea el mismo principio de análisis el que se ha extendido a otro subsistema fonológico. Veamos las razones aducidas por algunos gramatólogos. Ante todo, la necesidad de indicar la

para cada palabra. Con pocas excepciones las palabras chinas son invariantes en su forma, una especie de bloque sin cambios; su forma no varía para indicar el tiempo, o si una palabra es modificador de otra (como adjetivo o adverbio), si es un posesivo o expresa una acción, si es un sustantivo o si es singular o plural. Todos estos aspectos, que las lenguas indoeuropeas manifiestan por la alteración en la forma de la palabra, en chino se realizan por el contexto, por el orden de la palabra, por el acento o por el uso de partículas auxiliares o compuestas. Como resultado, los signos escritos no indican ni siquiera de manera aproximada los sonidos de las palabras asociadas. Es por eso que en chino es posible leer un escrito y comprenderlo sin saber “como suena”, mientras que en el sistema alfabético es posible saber “como suena” un escrito sin por ello poder comprenderlo.

vocalización parece haberse presentado de manera esporádica mucho tiempo atrás, en la escritura sumeria, ugarítica, etc. En las mismas escrituras semíticas, que son puramente consonánticas, aparecieron signos destinados a sugerir las cualidades vocálicas no marcadas, al menos desde el siglo XI a.C., en el momento en que el sistema arameo empezó a utilizar los signos **yod** y **wau** para indicar la /ī/ y la /ū/ largas al final de palabra. Estos signos adicionales fueron llamados *matres lectionis* (madres de lectura) y la escritura que contiene *matres lectionis* se llama escritura plena (*scriptio plena*). En hebreo antiguo el nombre de “David” sería transliterado como Dwd, pero su escritura plena sería Dwyd, donde / y / indica la [i] de la segunda sílaba.

Pero el uso de las *matres lectionis* en las escrituras semíticas es de un orden muy diferente al uso del sistema vocálico griego. En estas escrituras, ellas tienen un valor indicativo y no de notación, y su uso nunca es ni completo ni sistemático. Las *matres lectionis* no poseen una referencia fonémica específica e invariable, sino que funcionan como indicadores esporádicos de lo que ya está implícito en la escritura silábica. Es por eso que esos sistemas permiten que la misma consonante pueda corresponder a varias vocales y la misma vocal pueda ser indicada por varias consonantes: “si tomamos por ejemplo la escritura neopúnica (la variante en Cártago de la escritura fenicia) donde es frecuentísimo el empleo de las *matres lectionis*, conozco sin ir mas lejos para **alef** tres o cuatro valores diferentes: puede significar **a**, puede significar **e**, puede significar **o**, **u**. Por otra parte, el mismo sonido [e] puede ser notado mediante **alef**, **he** o **yōd**. Estamos en un dominio que no deja de ser sumamente flotante” (Février, J., 1959; 125). En las escrituras semíticas las *matres lectionis* nunca derivaron hacia un sistema vocálico y tampoco pudieron influir en la innovación griega, porque en el momento de la transmisión, ellas no estaban presentes en la escritura fenicia.

El funcionamiento de las *matres lectionis* es uno de los elementos que arroja sospechas en torno a la naturaleza alfabética de los signarios semíticos; su carácter meramente indicativo muestra que el signo escrito era concebido como la representación de una sílaba de la cual ese diacrítico “extraía” el sonido vocálico subyacente. No son pocos los investigadores que piensan de ese modo. Para I. Gelb, el más importante de ellos por su intento de construir una verdadera teoría de la escritura, no cabe duda: los sistemas semíticos son silabarios, no alfabetos. Más que valorar el número de signos, su orden y sus nombres, Gelb propone examinar su estructura interna y por tanto el tipo de análisis que cada sistema ofrece. Pero a fin de comprender con mayor precisión la diferencia que separa uno y otro sistema, requerimos de un pequeño rodeo: los sonidos que

tienen valor lingüístico están formados por dos tipos de operaciones físicas: por una parte, existe la vibración de la columna de aire en la laringe o las cavidades supraglóticas cuando pasa entre las cuerdas vocales y es modificada por ellas. Por sí misma la vibración puede producir un sonido continuo que es modificado simplemente cambiando la forma de la boca. A esas vibraciones modificadas damos el nombre de vocales. Por otra parte están las oclusiones, aperturas y estrangulamientos que pueden imponerse a la columna de aire por la acción conjunta de la lengua, los labios, la nariz o el paladar. A la representación de esas modificaciones y oclusiones les damos el nombre de consonante. Al lograr discriminar ambos procedimientos, el sistema alfabético dividió analíticamente en sus componentes teóricos los sonidos con valor lingüístico y se aproximó a lo que mucho más tarde los lingüistas llamarían sistema fonológico, incluso si su éxito fue parcial. Con todo, se trata de un análisis que alcanza los componentes últimos, porque para efectos de la escritura este átomo lingüístico no puede ser ya segmentado y no es necesario ningún paso adicional.

Los sistemas silábicos de escritura conllevan también una forma de análisis de los componentes léxicos. Pero ellos se proponen representar “silabas”, término en cierto modo engañoso porque aunque se presenta como un sonido de la lengua, es de hecho una combinación de sonidos: la sílaba está compuesta de una o más vocales introducidas y/o retenidas por una o más consonantes. En el plano fisiológico, se trata de una variación fónica periódica producida por la alternancia de vocales, que requieren mayores cantidades de aire, y consonantes, que requieren menos. Una sílaba no es idéntica a un morfema y puede o no coincidir con una unidad con significado. La segmentación de la palabra en sílabas es pues un tipo de análisis, pero que se detiene en un momento previo a las partículas básicas, en pequeños haces de esos átomos. Es sin embargo una entidad que tiene un fuerte apoyo empírico porque transcribe efectivamente “lo que el oído escucha”. De hecho, buena parte de los sonidos consonánticos (p, t, k, b, d, g, etc.) son inaudibles si no van acompañados de una vocal. Es por este respaldo empírico que los silabarios son, con frecuencia, mejores instrumentos en la alfabetización, sobre todo de adultos.

La innovación del alfabeto consiste en haber disuelto la sílaba en componentes fonéticos elementales, en haber dejado atrás a la sílaba en tanto que unidad representable sustituyéndola por una entidad más próxima al fonema, cuya naturaleza es esencialmente teórica y abstracta. Pero desde ese punto de vista, el funcionamiento de las *matres lectionis* y de la vocalización en las escrituras semíticas parece colocarlas del lado de los silabarios y no del lado del alfabeto.

Esta separación, en la que Gelb ha insistido, es aún más difícil de detectar porque, respecto a otros silabarios, el sistema fenicio dió un paso adelante. En él, la sílaba parece conservar en principio el carácter de unidad lingüística mínima (que como se ha visto, no tiene); sin embargo, dentro del sistema se ha comprendido que las sílabas pueden formar clases que poseen un rasgo común: el sonido consonántico inicial. Este sistema elabora entonces la síntesis que hace que “ta te ti to tu” se integren en un conjunto de sílabas “con principio t”. Mientras otros silabarios habrían utilizado cinco signos diferentes, el fenicio no utiliza mas que uno, que funciona como “índice” o “entrada” consonántica de la clase. Así logra su impresionante sencillez y ofrece un signario compuesto de representaciones consonánticas.

Pero bajo esta magnífica simplicidad aún subyacen los principios estructurales de un silabario: “la fórmula de ‘que en la escritura alfabética semítica antigua no se escriben mas que las consonantes’, no describe exactamente la realidad” (Cohen, M., 1958; 140). Sin duda, sus derivados modernos son alfabetos completos, pero para aquellos que constituyeron el sistema y que fueron sus usuarios durante los primeros 500 años, la situación debía ser más o menos ésta: “cada carácter ocupa el lugar de un fragmento de palabra, con una vocal u otra o incluso sin vocal; o mejor, introduciendo un vocabulario moderno: la letra representa una sílaba de la cual la vocal (que puede ser vocal cero) no está especificada”. (*Ibid*). Varios índices lo prueban, aunque sólo mencionaremos tres de ellos.

Desde el punto de vista histórico, siendo derivados del sistema egipcio, los sistemas semíticos comparten con él algunos rasgos de su estructura interna. Pero el sistema egipcio es definitivamente logosilábico. Suponer que los sistemas semíticos derivaron de aquél un alfabeto (así sea consonántico) es afirmar un proceso que no tiene equivalente en la historia de la escritura, que manifiesta de manera constante el pasaje de un sistema logo-silábico a un sistema silábico y de éste a un sistema alfabético (*Cfr.* Gelb, I., 1976; 258).

En segundo lugar, existe la prueba indirecta ofrecida por la llamada escritura **shewa**: cuando algunos siglos más tarde los pueblos semitas introdujeron en su escritura un sistema vocálico bajo la influencia del alfabeto griego, no sólo crearon signos diacríticos para las vocales largas como \bar{a} , \bar{e} , \bar{i} , \bar{o} , \bar{u} , sino también un signo llamado **shewa** que nota la carencia de vocal, la vocal “cero”. Su creación sólo puede explicarse porque el sistema fenicio, que representaba una sílaba (es decir una consonante más una vocal) con cada signo, sintió la necesidad de crear un signo que indicase no una vocal, sino la ausencia de una

vocal. Incluso el nombre de ese diacrítico es una prueba del carácter originalmente silábico del sistema, porque el nombre **shewa** deriva de la palabra **šaw** “nada”, mientras que la denominación hebrea más antigua **hitpa** se remonta a la raíz **hṭp** que significa “quitar” (Cfr. Gelb, F., 1976; 196).

Un argumento adicional proviene de las escrituras etiope e india, que son formalmente idénticas a las escrituras semíticas septentrionales. Cuando en los primeros siglos de nuestra era se introdujo en ellas un sistema vocálico, se eligió como signo básico una letra que representaba no a la consonante desnuda sino a la sílaba abierta (consonante más A); es por eso que sólo existen signos complementarios para las otras vocales \bar{a} , \bar{e} , \bar{i} , \bar{o} , \bar{u} y por supuesto un signo **shewa**. El resultado es que existen signos especiales para las vocales individuales y un signo que indica la ausencia de vocal, pero la sílaba compuesta por una consonante más la vocal “a” está representada por el signo básico, sin ningún signo adicional. “Es un índice bastante claro de que la letra no era el signo solamente de un fonema, como lo es actualmente para nosotros” (Cohen, M., 1958; 140).

Cada uno de estos –y otros– argumentos ha sido debatido y no puede decirse que un consenso esté próximo. Nosotros creemos, sin embargo, que en conjunto resulta más convincente el reconocer que las estructuras internas de cada uno establecen una diferencia de naturaleza y no sólo de grado entre el silabario semítico sin vocalización y el alfabeto griego. Tanto el silabario fenicio como el alfabeto griego son enteramente fonográficos, es decir, que sus signos representan elementos no significantes de la lengua, pero difieren en lo que sus signos representan: o bien elementos expresables separadamente pero no-atómicos (es decir sílabas), o bien valores que no pueden ser pronunciados separadamente y que sólo pueden ser descubiertos mediante el análisis (es decir fonemas). Aunque la inserción del sistema vocálico es más deslumbrante, el reconocimiento analítico del alfabeto no se refiere tanto a la discriminación de las vocales sino sobre todo a la discriminación de las consonantes. Esta es la pequeña paradoja que Février señala cuando afirma que la originalidad del alfabeto es que rompe con la unidad de las sílabas al notar las consonantes oclusivas que son efectivamente sonidos que no pueden oírse por sí mismos. Para ser “concreto” (es decir, marcar los sonidos lingüísticos “reales”) el alfabeto tuvo que incluir elementos “abstractos” es decir, elementos perceptibles no al oído sino al análisis (Cfr. Février, J., 1971; 115). Las consonantes se convirtieron entonces en signos independientes y no sólo en índices del conjunto silábico que introducían. Es notable que signarios tan próximos en su forma oculten en realidad dos formas diferentes de análisis.

La gran innovación griega permitió la aparición del primer signario completo en la historia. Por vez primera el escrito se convirtió en una reproducción prácticamente fiel del mensaje verbal original. Quizá era la única forma de evitar la ambigüedad en la lectura para los hablantes de lenguas indoeuropeas. En todo caso, la lectura dejó de estar sujeta a conjetura, (inténtese por ejemplo encontrar la palabra griega “idea” en **D**) porque sigue siendo válido que “todo texto semítico no vocalizado es un enigma por resolver” (Février, J., 1971; 127). Para ello fue necesario un sistema, completo, creado de un solo impulso que hubo de desembocar en otras bases analíticas. Es verdad, sin embargo, que esta reducción de la ambigüedad fue una motivación particular que no fue resentida de la misma manera por otros mundos lingüísticos. En particular, el grupo semítico fue indiferente a la invención durante siglos, a lo largo de los cuales no encontró motivación suficiente para alterar su sistema de escritura. Para la lengua griega, las vocales eran una necesidad; para las escrituras semíticas eran un lujo y luego fueron una comodidad bienvenida. Y aun entonces puede decirse que éstas han continuado sintiendo una cierta repugnancia ante una escritura que dificulta desprender el esqueleto consonántico de la palabra. Salvo el árabe de Malta, ninguna lengua semítica parece haber adoptado el alfabeto griego (Cohen, M., 1958; 283): “cuando pareció indispensable la noción de vocal, los ‘semiticófonos’ recurrieron a subterfugios que les permitían seguir leyendo claramente la raíz consonántica. En tanto que los etíopes se contentaron con modificar el trazado de la letra sin su color vocálico, los sirios, los árabes y los judíos *puntúan* su texto, es decir, escriben las vocales encima y debajo de la línea” (Février, J., 1971; 128). Desde el punto de vista de la eficiencia, grandes áreas culturales, de complejidad y riqueza considerables han florecido y se han desarrollado bajo el rendimiento ofrecido por los sistemas silábicos.

Pero eso no evita que la escritura alfabética haya producido efectos particulares en el mundo lingüístico y cultural en que se aplicó. Y este mundo es en realidad muy amplio, porque si se exceptúan los diversos precursores de esta escritura esparcidos por el mundo, el pequeño grupo de escrituras asiáticas derivadas del chino y los silabarios introducidos en sociedades colonizadas, solo hay un sistema de escritura: el alfabeto, y en lo fundamental, nosotros escribimos de la misma manera que lo hicieron los creadores del sistema. Entre esas culturas, el alfabeto ha podido transmitir sin ambigüedad cualquier tipo de enunciado, por mas extravagante, íntimo o novedoso que fuese (*Cfr.* Havelock, E., 1981). Así se explica una suerte de continuidad intelectual y afectiva que se percibe desde las primeras inscripciones, cuando el sistema de escritura nos

hace participar en esas vidas comunes, en su placer, su fe o su pena. “Seguramente sabríamos menos acerca de los griegos arcaicos si la pesada mano y la fraseología de los escribas profesionalmente entrenados hubiesen tenido un mayor control sobre la cultura” (Jeffery, L., 1982; 832). Pero, además de esta individuación y de esta interiorización en la vida humana, por sus características técnicas el alfabeto participó en esa tradición de interrogación y escepticismo ante los textos escritos, cuyas consecuencias son perceptibles en el desarrollo del conocimiento y de la ciencia. Los alcances y las consecuencias de esa innovación aún son motivo de debate. En su forma más radical, se afirma que la escritura alfabética ha constituido una nueva “razón gráfica” capaz de domesticar al pensamiento salvaje (Goody, J., *La raison graphique*, Ed. Du Minuit, París, 1981). En el otro extremo están aquellos que no ven en la notación alfabética más que un modo de comunicación alternativo (Olson, D., 1994; Gaur, A., 1984).

Pero eso es objeto de otros trabajos. Por ahora, lo que hemos querido trazar es una hipótesis acerca de las motivaciones que impulsaron esa innovación. Hubo un momento en el que se creyó necesario crear un dispositivo que hiciera permanentes los enunciados relevantes de la cultura. Quizá diga algo el que esto fuera motivado por intereses “poéticos” y que esos mensajes fueran relativos a la tradición, la religión y a la literatura. Sería una victoria, tal vez no tan pequeña, del hombre simbólico sobre la áspera necesidad inmediata.

Bibliografía

- Carpenter, R. (1933). “The antiquity of the greek alphabet”. The Archaeological Institute of America, 37; 8-29 pp.
- Cohen, M. (1958); *La grande invention de l'écriture et son evolution*. Librairie C. Klincksiek, París.
- Coulmas, F. (1991); *The writing systems of the world*. Blackwell Publishers, Oxford.
- Diringer, D. (1968); *The alphabet. A key to the history of mankind*. Fung and Wagnalls, New York.
- Diringer, D., Olson, D.R. (1984); *Writing*. Encyclopaedia Britannica, Chicago.
- Fevrier, J.G. (1959); *Histoire de l'écriture*. Payot Ed., París.
- Fevrier, J. (1971); “Escrituras concretas y escrituras abstractas”. En Cohen, M. (Ed), *La escritura y la psicología de los pueblos*. Siglo XXI, México.
- Gaur, A. (1984); *A history of writing*. The British Library, London.
- Gelb, I. (1976); *Historia de la escritura*. Alianza Editorial, Madrid.

- Harris, R. (1986); *The origin of writing*. Duckworth, London.
- Havelock, E. (1981); *Aux origines de la civilisation écrite en occident*. François Maspero, Paris.
- Havelock, E. (1981a); "L'alfabetizzazione di Omero". En Havelock, E. (Ed), *Arte e comunicazione nel mondo antico*. Editorial Laterza, Bari.
- Healey, J.F. (1990); "The early alphabet". En Hooker, J.T. (Ed), *Reading the past; ancient writing from cuneiform to the alphabet*. British Museum Publications, London.
- Howatson, M.C. (1991); *Diccionario de la literatura clásica*. Alianza Editorial, Madrid.
- Isserlin, B.S. (1982); "The earliest alphabetic writing". En Cambridge Ancient History. Vol. 3, 1ª parte, Cambridge.
- Jean, G. (1992); *Writing. The story of alphabets and scripts*. Thames and Hudson, London.
- Jeffery, L.H. (1982); "Greek alphabet writing". En Cambridge Ancient History. Vol. 3, 1ª parte, Cambridge.
- Koob, K. (1981); "Le origini poetiche dell'alfabeto greco: ritmo e abecedario dalla Fenicia alla Grecia". En Havelock, E. (Ed), *Arte e comunicazione nel mondo antico*. Editorial Laterza, Bari.
- Koob, K. (1994); *Literacy and paideia in ancient Greece*, Oxford University Press, Oxford.
- Martin, H.J. (1994); *The history and power of writing*. U. of Chicago Press, Chicago.
- Moore Croos, F. (1992); "La invención y el desarrollo del alfabeto". En Senner, W. (Ed), *Los orígenes de la escritura*. Siglo XXI Editores, México.
- Moorhouse, A.C. (1961); *Historia del alfabeto*, F.C.E., México.
- Oolsen, P.R. (1994); *The world on paper*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Powell, B.B. (1991); *Homer and the origin of the greek alphabet*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Sampson, G. (1985); *Writing systems*. Princeton University press, Princeton.
- Senner, W. (Comp.) (1992); *Los orígenes de la escritura*. Siglo XXI Editores, México.
- Stroud, R.S. (1992); "El arte de escribir en Grecia antigua". En Senner, W. (Ed), *Los orígenes de la escritura*. Siglo XXI Editores, México.
- Szzyr, M. (1977); "L'origine de l'alphabet semitique". En Christin, Anne-Marie, *L'espace et la lettre*. Cahiers Jussieu No. 3, Paris.
- Threatte, L. (1996); "The Greek Alphabet". En Daniels, P., Bright, W. (Eds.) *The World's Writing Systems*. Oxford University Press, Oxford.